



# Bloomsday

## 16 de junio

Stephen Murray Kiernan



James Joyce

*Ulises*, LA FAMOSA NOVELA DE JAMES JOYCE, cuenta la historia de un día en la vida de un hombre aparentemente común, Leopold Bloom, en una odisea de dieciocho horas en la ciudad de Dublín. Sin embargo, la palabra “común” no es del todo apropiada, ya que él se ha distanciado de sus compatriotas irlandeses tanto por su manera de pensar, como por los hábitos y prejuicios de las personas que conoce. En cierta medida, muestra apoyo y comprensión hacia los individuos que, según él, se hallan confundidos y marginados, como Stephen Dedalus, distinto a cualquier otro personaje del libro. Su característica principal es entrar de forma natural y con una curiosidad plena en las mentes de otros; un comportamiento que podría haber desarrollado por su experiencia como blanco de los acosadores. La siguiente es una descripción de Bloom pensando desde la perspectiva de un hombre ciego que camina delante de él en la calle:

El señor Bloom caminó detrás de los pies sin ojos (...) ¡Pobre muchacho! ¿Cómo diablos supo que la camioneta estaba ahí? Debió sentirlo (...) algo más negro que la obscuridad (...) Extraña idea de Dublín debe tener, andando por ahí rodeado por piedras. ¿Podría él caminar en línea recta si no tuviera ese bastón? Cara exangüe, piadosa, como la de uno que fuera a ser cura.

Bloom mantiene su distancia con la gente por su propio deseo de hacerlo; y porque otras personas a quienes conoce reaccionan, algunas veces, con incomodidad, desdén e incluso sarcasmo. Esto es lastimoso, ya que quienes lo hacen son, ellos mismos, las víctimas del prejuicio y el esnobismo que encuentran cierto alivio en despreciar a un hombre que se percibe como marginado. Se le confunde con un judío, algo muy extraño en Irlanda, tanto ahora como entonces; y de acuerdo con el retrato hecho por la larga costumbre católica, representa una tradición que se mira con recelo y no es digna de confianza. Para algunos de los personajes, el enemigo es el inglés que gobierna el país —aversión que uno de ellos, el Ciudadano, expresa con un conmovedor, aunque finalmente, patético entusiasmo— pero esto no les impide de vez en cuando pensar y hablar lo peor de Bloom.

En términos formales, lo injusto es que se le ha apartado dos veces del judaísmo. Su padre había nacido judío y después se convirtió al protestantismo; Bloom mismo cambió después de religión para entrar a la iglesia católica y casarse con “Molly” Tweedy. Sin embargo, uno tiene siempre la impresión de que Bloom ha pasado, tal vez, una vida entera sufriendo las consecuencias de este malentendido. Hay, después de todo, cierto placer en atacar al blanco fácil.

Una vez que conocemos el caso, lo que sorprende es que Bloom es un hombre admirablemente bueno, no así exitoso como vendedor de publicidad, esposo de una mujer que, sabe, compartirá después su cama con Blazes Boylan, padre de una adolescente, y que es perseguido dolorosamente por la muerte de su hijo menor. Más o menos desprovisto de rencor y agresividad, no tiene pasión por el nacionalismo, tiene, sí, una inclinación por el voyerismo y acumula infidelidades no consumadas en numerosas cartas que ha escrito. Él es alguien a quien



podemos respetar, incluso cuando vemos su debilidad y su, en ocasiones molesta, pasividad. Esto sucede porque posee una silenciosa resistencia que le ayuda obstinadamente a sobrevivir a todas las presiones, a diferencia de su padre, quien se suicidó. Bloom no fue una creación completamente ficcional. Joyce se basó en gran medida en un amigo suyo de Trieste, el novelista italiano Aron Ettore Schimtz (Italo Svevo). El simple esbozo que hizo de Bloom tiene una semejanza innegable con Schmitz.

El *Bloomsday* es nombrado así por el personaje principal de *Ulises* y se lleva a cabo cada año el mismo día en que la novela se desarrolla, el 16 de junio. De hecho, es la conmemoración de un aniversario; Joyce escogió esa fecha porque fue la primera vez que salió con su futura esposa, Nora Barnacle. De algún modo, es una elegía a la aventura amorosa que comenzó esa jornada y le dio a Joyce la estabilidad necesaria para escribir tres novelas de trascendente valor y cuentos comparables a los de Guy de Maupassant y Antón Chéjov. Para un hombre propenso a beber en exceso y con problemas de salud, particularmente en los ojos, la presencia de una mujer en su vida fue esencial para tener la disciplina y la normalidad necesarias para escribir obras de tal creatividad y presión intelectual. Ella también fue

una fuente de primera mano para conocer la mirada, los apetitos y la sensualidad de la mujer moderna, relativamente desconocidos en la literatura en ese tiempo.

Pero el *Bloomsday* es, en efecto, una festividad anual que se relaciona con otros temas, como los inicios y beneficios de

su relación con su compañera de toda la vida. La editora de *Ulyses*, Silvia Beach, tuvo un almuerzo de celebración el 6 de junio, en el lejano 1929, siete años después de la publicación del libro. No obstante, el *Bloomsday* se inició propiamente después, en otra reunión en Dublín.

Cincuenta años después de la fecha real de los sucesos que ocurren en la novela, un grupo de hombres bastante sugerentes se citaron para iniciar un peregrinaje por la ruta que los llevaría a algunos de los lugares mencionados en el libro. Desde entonces, la novela ha alcanzado un nivel de culto como, posiblemente, la gran obra de ficción del siglo xx; de modo que la idea en sí no fue una celebración sin sentido de un libro de valor cuestionable, ni una especie de desfile que promoviera una obra maestra subestimada; fue establecido porque la obra y sus mensajes, realmente humanos, merecían una celebración. Entre el grupo de hombres se encontraban: el editor John Ryan (quien era también el dueño de un *pub*), el gran novelista experimental Flann O'Brien, el poeta Patrick Kavanagh, el también poeta y crítico Anthony Cronin, el sobrino del dentista de Joyce, Tom (cuyos servicios no fueron requeridos), y el secretario general del *Trinity College*, A.J. Levanthal.

Su plan en esa mañana de verano de 1954 era seguir la ruta en dos antiguos carruajes tirados por caballos, como los que habían llevado a Bloom y a sus



conocidos al funeral de Paddy Dignam, como se describe al inicio de la novela. Cada uno de los participantes aceptó entrar de lleno en el mundo de la novela, tomando el papel de un personaje del libro. Su jornada habría de llevarlos a varios de los lugares mencionados en la historia —muchos de los

cuales todavía existían en ese tiempo— para terminar en la zona de burdeles de la ciudad, que Joyce había nombrado *Nighttown*, un destino bastante peligroso si se considera la cantidad de alcohol que planeaban beber durante el viaje. La inevitable embriaguez llegó y, cerca de la mitad del camino, el grupo se rindió a las tentaciones de la taberna de Ryan, el Bailey, y a una cierta cantidad de discusiones que no eran lejanas a los sucesos y los personajes en la novela.

El *Bloomsday*, tal como se ha desarrollado en los últimos años, ha mantenido esa falta de formalidad, la costumbre de vestir ropas de tiempos de Eduardo VII y comer delicias gastronómicas peculiares:

El señor Leopold Bloom comía con deleite los órganos interiores de bestias y aves. Le gustaba la sopa espesa de menudillos, las mollejas de sabor a nuez, el corazón relleno asado, las tajadas de hígado rebozadas con migas de corteza, las huevas de bacalao fritas. Sobre todo, le gustaban los riñones de cordero a la parrilla, que le daban a su paladar un sutil sabor de orina levemente olorosa.

Es innegable el hecho de que para muchos el *Bloomsday* es una excusa para pasar el tiempo en buena compañía, ataviarse con ropa que estuvo de moda hace cien años y comer alimentos que los expertos dirían que reducirán

nuestra vida si los comemos el suficiente tiempo y en suficiente cantidad.

Existe también un grupo más pequeño que hace sentir a la mayoría que están fuera de lugar, que faltan al respeto, que son inadecuadamente serios e incluso ignorantes. Estas son las personas que conocen la historia y los personajes muy bien, consideran el día como una celebración literaria e incluso hacen algo que muchos otros no han hecho nunca, a pesar de estar orgullosos del libro y de su autor: leer el libro. Como un hecho divertido que sobre todo celebra al hombre común y al gran acto de civilidad que es leer, el *Bloomsday* es un logro ejemplar de una obra de ficción a la que muchos temen hacer frente por su reputada dificultad.

Joyce fue un escritor nacido en una parte menor del imperio lingüístico llamado mundo angloparlante. Su importancia como escritor sin duda hubiera sido mayor si viniera del Reino Unido o de los Estados Unidos; la fama es, después de todo, una cuestión de nacimiento. De cualquier modo, él por sí mismo no es un autor menor, ni alguien a quien le falte respeto o imitadores alrededor del mundo y en diferentes lenguas. Como escritor, uno quisiera que Joyce nunca hubiera nacido, o que hubiera terminado sus estudios

de medicina y fuese un eminente cirujano, o incluso que hubiera sido golpeado por un gran y eminentemente destructivo autobús el 13 de junio de 1904. Y digo esto porque cuando un autor trata de escribir sobre un tema que no aparece frecuentemente en el papel o en el escenario, o intenta expresarse de un modo que es innovador y aún así sincero, a menudo hay voces que dirán que el tema y el estilo son un pobre derivado del gran hombre.

Joyce dijo mucho, y deliberadamente hizo una novela muy difícil para el resto de nosotros. En términos de esta gran hazaña, y como un recordatorio del reto de decir algo distinto de una manera diferente y del gran esfuerzo requerido para lograrlo, el *Bloomsday* es la celebración de una gran novela y una invitación recurrente para que otros escritores enfrenten el reto de escribir una gran obra de ficción.

Lo extraordinario sobre el *Bloomsday*, que normalmente son un par de gozosas horas, es que el *Ulises* fue escrito cuando Joyce había emigrado al continente europeo; y, por sus fuertes sentimientos en contra de la insignificancia y los contratiempos de Dublín, naturalmente retrató la ciudad enfatizando su pobreza y ambivalencia. Tal vez es algo bueno que la mayoría de los que participan en el tumulto no hayan leído el libro y vean este lado verdadero y oscuro. No hay duda alguna que la brillante atmósfera que prevalece durante el día es producto del orgullo por la obra de un héroe local —sin duda el ganador de lo que podría ser llamada la competencia por encontrar al escritor más grande de Irlanda— y de una oportunidad para la industria del turismo. El *Bloomsday* ha sido adoptado como el segundo día nacional irlandés, junto al Día de San Patricio, y ha sido retomado en varios países alrededor, desde Szombathely en Hungría (el lugar donde nació el padre de Bloom) hasta Trieste, e incluso la ciudad de México, donde la celebración lleva ya cinco años. Uno puede ver cómo crece un tributo vivo a una bella obra y a un digno personaje de ficción. ■

